

Abril en Paris

Ursula Kroeber Le Guin

Traducción de Elvio Gandolfo. En: "Cuentos de ciencia ficción contemporáneos", tomo 1, Centro Editor de América Latina, 1981.

Uno de los fenómenos más llamativos de la ciencia ficción de los últimos veinte años ha sido la aparición de un amplio grupo de autoras, que se destacaron y se destacan no sólo por su cantidad sino por la elevada calidad de su producción. Entre las precursoras pueden citarse a André Norton, Leigh Brackett (excelente guionista de cine) o C. L. Moore. Entre las aparecidas recientemente podemos mencionar a Vonda McIntyre, Joanna Russ, Elizabeth Lynn, Joan Vinge, Kate Wilhelm, Doris Piserchia, Lisa Tuttle. La superabundancia de mujeres que escribían dentro de un género hasta entonces ejercitado sobre todo por hombres hizo que Theodore Sturgeon declarara, en los años 70, que James Tiptree Jr. era uno de los pocos escritores nuevos que defendían el bastión, sólo para descubrir meses más tarde que el seudónimo ocultaba a la psicóloga Alice Sheldon, que, junto con Ursula K. Le Guin, es de las que más se han destacado por su éxito.

Ursula Kroeber Le Guin nació en California en 1929, hija de un matrimonio de reputados antropólogos. Sus cuentos comenzaron a aparecer en 1962; su primera novela, El mundo de Rocannon, fue publicada en 1964, principio de una trilogía que continuaría con Planet of exile (1966) y Ciudad de ilusión (1967). A partir de entonces, su fama fue en aumento constante, y actualmente goza de prestigio en un círculo que supera ampliamente los límites del género, compartido con muy pocos autores (Ballard, Bradbury, Lem). Su obra ha ido acercándose cada vez más a la literatura a secas, aumentando la fluidez y matización del estilo y perdiendo un poco de frescura imaginativa. Entre sus obras más excitantes, aparte de las citadas, se encuentran: La puerta del cielo (1971, un homenaje a Philip K. Dick en el modo en que entremezcla lo onírico con la realidad) y la "trilogía de Earthsea", destinada a los jóvenes, que emplea magistralmente las herramientas de la mejor literatura fantástica. Entre sus obras más "literarias" se encuentran: La mano izquierda de la obscuridad (1969), Los desposeídos (1974) y Malafrena.

"Abril en París" es uno de sus primeros cuentos. En la equilibrada mezcla entre fantasía y ciencia ficción, y en el tono civilizado, urbano con que está contado, evitando todo dramatismo, representa hasta cierto punto una importante corriente de obras, que se publican especialmente en The Magazine of Fantasy and Science Fiction.

El profesor Barry Pennywither estaba sentado en una buhardilla fría, sombría y no apartaba los ojos de la mesa que estaba ante él, sobre la que descansaban un libro y una cáscara de pan. El pan había sido su cena, el libro el trabajo de toda su vida. Los dos estaban secos. El doctor Pennywither suspiró, y después se estremeció. Aunque los departamentos de los pisos inferiores de la antigua casa eran bastante elegantes, la calefacción se apagaba el 1 de abril, pasara lo que pasara ese día era 2 de abril, y había cellisca. Si el doctor Pennywither alzaba un poco la cabeza podía ver desde su ventana las dos torres cuadradas de Notre Dame de Paris, inciertas y cerniéndose en el crepúsculo, tan cercanas que casi podían tocarse; porque la Isla de Saint Louis, donde el vivía, es como una pequeña barcaza remolcada río abajo detrás de la Isla de la Cité, donde se yergue Notre Dame. Pero no alzó la cabeza. Tenía demasiado frío.

Las grandes torres se hundieron en la obscuridad. El doctor Pennywither se hundió en el desánimo. Miraba su libro con aversión. Gracias a él había ganado un año en París: publicar o morir, dijo el decano de Facultades, y él había publicado, y lo habían recompensado con una licencia de un año sin enseñar, sin paga. El Munson College no podía permitirse pagar a profesores que no enseñaban. Así que con sus

trabajosos ahorros había regresado a París, a vivir otra vez como un estudiante en una buhardilla, a leer manuscritos del siglo XV en la Biblioteca, a ver florecer los castaños a lo largo de las avenidas. Pero no había funcionado. Tenía cuarenta años, demasiado viejo para buhardillas solitarias. La cellisca agostaría las flores en capullo de los castaños. Y su trabajo lo tenía enfermo. ¿A quién le importaba su teoría, la Teoría Pennywither, respecto a la misteriosa desaparición del poeta François Villon en 1463? A nadie. Porque después de todo su Teoría sobre el pobre Villon, el delincuente juvenil más grande de todos los tiempos, era sólo una teoría y no podría demostrarse nunca, no a través de un abismo de quinientos años. No podía demostrarse nada. ¿Y además qué importaba si Villon murió en la horca de Montfaucon o (como pensaba Pennywither) en un burdel de Lyon en camino a Italia? A nadie le importaba. Ya nadie amaba lo suficiente a Villon. Nadie amaba al doctor Pennywither, tampoco; ni siquiera el doctor Pennywither. ¿Por qué iba a hacerlo? Un pedante asocial, soltero, mal pago, sentado a solas en un desván sin calefacción de una vivienda sin restaurar tratando de escribir otro libro ilegible.

_Soy poco realista _dijo en voz alta con otro suspiro y otro escalofrío. Se levantó y quitó la frazada de la cama, se envolvió en ella, se sentó así abrigado ante la mesa, y trató de encender un Gauloise Bleue. El encendedor chasqueó en vano. Suspiró una vez más, se levantó, tomó una lata de maloliente fluido francés para encendedores, se sentó, se envolvió otra vez en su capullo, llenó el encendedor, y lo hizo chasquear. El fluido se había desparramado un poco. El encendedor se encendió, y también el doctor Pennywither, de las muñecas en adelante.

_¡Demonios! _exclamó, con llamas azules saltando de sus nudillos, y se puso en pie de un salto agitando los brazos locamente, gritando "¡Demonios!" y encolerizado con el Destino. Nada salía bien. ¿Qué sentido tenía todo? Eran las 08:12 de la noche del 2 de abril de 1961.

Un hombre estaba sentado con los hombros encorvados ante una mesa, en un cuarto frío, alto. A través de la ventana que estaba tras él las dos torres cuadradas de Notre Dame se erguían en el ocaso primaveral. Frente a él, sobre la mesa, había un trozo de queso y un libro enorme, con cerrojos de hierro, manuscrito. El libro se llamaba (en latín) *De la Primacía del Elemento Fuego sobre los Otros Tres Elementos*. Su autor lo miraba con aversión. Cerca, sobre una pequeña estufa de hierro hervía a fuego lento un pequeño alambique. Jehan Lenoir acercaba su silla con un movimiento mecánico hacia la estufa de vez en cuando, un par de centímetros, en busca de calor, pero su mente estaba concentrada en problemas más profundos. "¡Demonios!" dijo al fin (en francés medieval tardío), cerró el libro de un golpe y se levantó. ¿Qué pasaba si su teoría estaba equivocada? ¿Qué pasaba si el agua era el elemento primordial?

¿Cómo puede uno demostrar algo semejante? ¡Tiene que haber algún modo, algún método para estar seguro, absolutamente seguro, de un solo hecho! Pero cada hecho llevaba a otros, se armaba un enredo monstruoso, y las Autoridades se oponían, y sea como fuere nadie leería su libro, ni siquiera los miserables pedantes de la Sorbona. Olfateaban herejía. ¿Qué sentido tenía? ¿Qué había de bueno en esa vida pasada en la pobreza y la soledad, si no había aprendido nada, simplemente adivinado y teorizado? Se paseó por la buhardilla, furioso, y después

se quedó inmóvil.

_¡Muy bien! _le dijo al Destino_. ¡Perfecto! ¡No me has dado nada, así que tomaré lo que necesito!

Se dirigió a uno de los montones de libros que cubrían la mayor parte del piso, sacó de un tirón un volumen de debajo de uno de ellos (rayando el cuero y lastimándose los nudillos cuando los infolios de encima cayeron en avalancha), lo depositó con violencia sobre la mesa y empezó a estudiar una de sus páginas. Después, aún con una decidida y fría expresión rebelde, preparó lo necesario: sulfuro, plata, tiza... Aunque la habitación estaba cubierta de polvo y desordenada, su pequeño banco de trabajo se veía ordenado y bien dispuesto. Pronto estuvo listo. Entonces hizo una pausa.

_Esto es ridículo _murmuró, mirando por la ventana hacia la obscuridad donde uno ahora sólo podía adivinar las dos torres cuadradas. Un vigilante pasó abajo dando la hora en voz alta, las ocho de una noche límpida y fría. Todo estaba tan inmóvil que pudo oír cómo el agua del Sena lamía las orillas. Se encogió de hombros, frunció el entrecejo, tomó la tiza y trazó una pulcra estrella de cinco puntas en el piso, cerca de la mesa, después alzó el libro y empezó a leer con voz clara pero tímida:

_Haere, haere, audi me...

Era un encantamiento largo, y en su mayor parte insensato. Su voz se apagó. Se quedó de pie, aburrido y molesto. Recorrió más rápido las últimas palabras, cerró el libro, y después cayó hacia atrás contra la puerta, con la boca muy abierta, los ojos clavados en la figura enorme, informe que estaba parada dentro de la estrella, iluminada sólo por las azules llamas vacilantes de sus garras feroces, ondulantes.

Barry Pennywither pudo controlarse al fin y apagar el fuego enterrando las manos en los pliegues de la frazada con la que estaba envuelto. Ileso pero perturbado, volvió a sentarse. Miró su libro. Después lo miró con más atención. Ya no era delgado y gris y llevaba como título *Los últimos años de Villon: investigación de posibilidades*. Era grueso y marrón y se titulaba *Incantatoria Magna*. ¿Sobre su mesa? Un manuscrito invaluable proveniente del año 1407, del que existía una sola copia indemne en la Biblioteca Ambrosiana de Milán. Miró lentamente a su alrededor. La boca se le fue abriendo lentamente. Observó una estufa, el banco de trabajo de un químico, dos o tres docenas de montones de libros increíbles encuadernados en cuero, la ventana, la puerta. Su ventana, su puerta. Pero encogida contra la puerta se veía una pequeña criatura, negra e informe, desde la que surgía un seco sonido traqueteante.

Barry Pennywither no era un hombre muy valiente, pero era racional. Pensó que había enloquecido, y por lo tanto dijo con bastante firmeza:

_¿Es usted el diablo?

La criatura se estremeció y traqueteó.

A modo de experimento, dando un vistazo hacia la invisible Notre Dame, el profesor

hizo la señal de la Cruz.

Ante esto la criatura se crispó; no retrocedió, se crispó. Después dijo algo con voz débil, pero en un inglés perfecto _no, en un francés perfecto_ no, en un francés bastante extraño:

_Mais vous estes de Dieu _dijo.

Barry se irguió y la escrutó.

_¿Quién es usted? _preguntó, y la criatura alzó un rostro muy humano y contestó con voz humilde:

_Jehan Lenoir.

_¿Qué está haciendo usted en mi cuarto?

Hubo una pausa. Lenoir dejó de estar de rodillas y se irguió, en toda su estatura de un metro sesenta.

_Este es *mi* cuarto _dijo al fin, aunque con gran cortesía.

Barry paseó la mirada por los libros y alambiques que lo rodeaban. Hubo otra pausa.

_¿Entonces cómo llegué aquí?

_Yo lo traje

_¿Usted es doctor?

Lenoir asintió, con orgullo. Toda su actitud había cambiado.

_Sí, soy doctor _dijo_. Sí, yo lo traje aquí. ¡Si la naturaleza no quiere cederme el conocimiento, entonces puedo conquistar a la propia naturaleza, puedo obrar un milagro! Al diablo con la ciencia entonces. Yo era científico... _miró a Barry con los ojos ardientes_. ¡Ya no! Me llaman idiota, hereje. ¡Por Dios, soy algo peor que eso! ¡Soy un hechicero, un mago negro, Jehan el negro! La magia funciona, ¿verdad? Entonces la ciencia es una pérdida de tiempo. ¡Ja! _dijo, pero en realidad no parecía triunfante_. Me gustaría que no hubiese funcionado _dijo con más calma, paseándose de aquí para allá entre los infolios.

_A mí también _dijo el huésped.

_¿Quién es usted? _Lenoir alzó una mirada desafiante hacia Barry, aunque había una diferencia de casi treinta centímetros entre ambos.

_Barry A. Pennywithier. Soy profesor de francés en el Munson College de Indiana, de licencia en París para proseguir mis estudios de francés medieval tar... _se detuvo. Acababa de tomar conciencia del tipo de acento que tenía Lenoir_. ¿En qué año

estamos? ¿En qué siglo? Por favor, doctor Lenoir... _El francés parecía confundido. Los significados de las palabras cambian tanto como su pronunciación_. ¿Quién gobierna este país? _gritó Barry.

Lenoir se encogió de hombros, con el movimiento típico de un francés (hay cosas que nunca cambian).

_Luis es rey _dijo_. Luis XI. La vieja araña mugrienta.

Se quedaron mirándose el uno al otro como indios de madera durante cierto tiempo. Lenoir fue el primero en hablar.

_¿Entonces usted es un hombre?

_Sí. Escuche, Lenoir, creo que usted... su encantamiento... tiene que haber chapuceado un poco.

_Es evidente _dijo el alquimista_. ¿Usted es francés?

_No.

_¿Es inglés? _los ojos de Lenoir ardieron_. ¿Es usted un mugriento anglo?

_No. No. Soy de Norteamérica. Vengo de... de su futuro. Del siglo veinte después de Cristo _Barry se ruborizó. Sonaba tonto, y él era un hombre modesto. Pero sabía que no se trataba de un espejismo. El cuarto en el que se encontraban, su cuarto, se veía nuevo. No con cinco siglos de edad. Descuidado, pero nuevo. Y la copia de Albertus Magnus que estaba junto a su rodilla era nueva, encuadernada en suave y flexible piel de becerro, con las letras doradas refulgentes. Y allí estaba Lenoir con su manto negro, no de traje, en casa...

_Le ruego que se siente, señor _estaba diciendo Lenoir. Y agregó, con la cortesía espléndida aunque abstraída del erudito pobre_: ¿Le cansó el viaje? Tengo pan y queso, si quiere hacerme el honor de compartíroslos.

_Estaban sentados a la mesa masticando pan y queso. Al principio Lenoir intentó explicar por qué había probado con la magia negra.

_Estaba harto _dijo_. ¡Harto! Hace veinte años que soy esclavo de la soledad, ¿por qué? Por el conocimiento. Para aprender algunos de los secretos de la Naturaleza. No pueden aprenderse.

Clavó el cuchillo un centímetro en la madera de la mesa, y Barry saltó. Lenoir era un hombrecito delgado, pero evidentemente apasionado. Tenía un rostro magnífico, aunque pálido y enjuto: inteligente, alerta, vivaz. A Barry le recordaba el rostro de un famoso físico atómico, cuya fotografía había aparecido en los diarios hasta 1953. Por alguna razón la semejanza lo impulsó a decir:

_Algunos sí, Lenoir; hemos aprendido un poco, aquí y allá...

_¿Qué? _dijo el alquimista, escéptico, pero curioso.

_Bueno, no soy científico...

_¿Puede hacer oro? _sonreía mientras preguntaba.

_No, no creo, pero ellos hacen diamantes.

_¿Cómo?

_Con carbón, hulla, entiende: sometida a mucho calor y presión, según creo. La hulla y el diamante son carbón, entiende, el mismo elemento.

_¿Elemento?

_Como le decía, yo no soy...

_¿Cuál es el elemento primordial? _gritó Lenoir, con los ojos en llamas, el cuchillo en la mano.

_Hay unos cien elementos _dijo Barry fríamente, ocultando su alarma.

Dos horas después, una vez que le arrancó a Barry hasta la última gota de los restos del curso de química de la facultad, Lenoir se abalanzó fuera, a la noche, y reapareció poco más tarde con una botella.

_¡Oh, maestro mío _exclamó_, pensar que le ofrecí sólo pan y queso! _Era un agradable burgundy, cosecha 1477, un buen año. Después de que bebieron una copa juntos Lenoir dijo_: Si pudiese devolverle el favor...

_Puede. ¿Conoce el nombre del poeta François Villon?

_Sí _dijo Lenoir con cierta sorpresa, pero sólo escribía basuras en francés, sabe, no en latín.

_¿Sabe cómo o cuándo murió?

_Oh, sí; ahorcado aquí en Montfaucon, en el 64 o el 65, con una pandilla de malhechores como él. ¿Por qué?

Dos horas después la botella estaba vacía, sus gargantas estaban secas, y el vigilante había dado las tres de una madrugada límpida y fría.

_Jehan, estoy agotado _dijo Barry_. Será mejor que me envíe de vuelta.

El alquimista era demasiado cortés, se sentía demasiado agradecido y tal vez también demasiado cansado como para discutir. Barry se paró rígidamente dentro de la estrella de cinco puntas, una alta figura envuelta en una frazada marrón,

fumando un Gauloise Bleue.

_Adieu _dijo Lenoir con tristeza.

_Au revoir _contestó Barry. Lenoir empezó a leer el encantamiento hacia atrás. La vela parpadeó, su voz se dulcificó:

_Me audi, haere, haere _leyó, suspiró, y alzó los ojos. La estrella de cinco puntas estaba vacía. La vela parpadeó_. ¡Pero aprendí tan poco! _exclamó Lenoir dirigiéndose al cuarto vacío. Después golpeó el libro abierto con los puños y dijo_: Y un amigo como ese... un verdadero amigo...

_Fumó uno de los cigarrillos que le había dejado Barry: se había aficionado al tabaco en seguida. Durmió, sentado ante la mesa, durante un par de horas. Cuando despertó caviló un momento, volvió a encender la vela, fumó el otro cigarrillo, después abrió el *Incantatoria* y empezó a leer en voz alta:

_Haere, haere...

_Oh, gracias a Dios _dijo Barry, saliendo con rapidez de la estrella de cinco puntas y estrechando la mano de Lenoir_. ¡Escuche, regresé allí, a este cuarto, este mismo cuarto, Jehan! Pero antiguo, horriblemente antiguo, usted no estaba allí... Pensé: Dios mío, ¿qué he hecho? Vendería mi alma por regresar, por estar con él... ¿Qué puedo hacer con lo que he aprendido? ¿Quién me creería? ¿Cómo puedo probarlo? ¿Y a quién demonios podría decírselo en todo caso? ¿A quién le importa? No podía dormir, me quedé sentado y gemí durante una hora...

_¿Se quedará?

_Sí. Mire, traje esto: por si usted me invocaba _avergonzado, exhibió ocho paquetes de Gauloises, varios libros, y un reloj de oro_. Podría venderlo por un buen precio _explicó_. Sabía que los francos en billetes no servirían de mucho.

Al ver los libros impresos los ojos de Lenoir refulgieron de curiosidad, pero siguió inmóvil.

_Amigo mío _dijo_, usted dijo que vendería el alma... sabe... yo también. Pero no lo hicimos. ¿Cómo pasó esto, después de todo? Que los dos seamos hombres. No demonios. Sin pactos firmados con sangre. Dos hombres que vivieron en este cuarto...

_No sé _dijo Barry_. Lo desentrañaremos más tarde. ¿Puedo vivir con usted, Jehan?

_Haga de cuenta que está en su casa _dijo Lenoir con un gesto elegante que abarcó el cuarto, los estantes de libros, los alambiques, la vela que palidecía. Al otro lado de la ventana, gris sobre gris, se alzaban las dos grandes torres de Notre Dame. Era el amanecer del 3 de abril.

Después del desayuno (costras de pan y cáscaras de queso) salieron y subieron a la

torre sur. La catedral se veía como siempre, aunque más limpia que en 1961, pero el panorama le provocó una fuerte impresión a Barry. Lo que veía era un pueblito. Dos islas pequeñas cubiertas de casas; sobre la ribera derecha se amontonaban más casas dentro de un muro fortificado; sobre la ribera izquierda unas pocas calles sinuosas rodeaban el colegio superior; y eso era todo. Las palomas arrullaban en la piedra calentada por el sol, entre las gárgolas. Lenoir, que ya había visto el panorama, estaba tallando la fecha (en números romanos) sobre un parapeto.

_Vamos a festejar _dijo_. salgamos al campo. Hace dos años que no me muevo de la ciudad. Iremos allí _señaló una verde colina brumosa sobre la cual apenas se veían un molino de viento y unas pocas chozas_. A Montmartre, ¿eh? Me dijeron que hay buenas tabernas.

La vida de ambos pronto se asentó en una serena rutina. Al principio Barry se ponía un poco nervioso en las calles atestadas de gente. Pero en un manto negro que le sobraba a Lenoir, lo único que lo denunciaba como extraño era la altura. Probablemente fuera el hombre más alto en la Francia del siglo quince. El nivel de vida era bajo y los piojos inevitables, pero Barry nunca había valorado mucho la comodidad; lo único que extrañaba realmente era el café en el desayuno. Una vez que compraron una cama y una navaja _Barry había olvidado la suya_ y que lo presentaron al dueño de casa como M. Barrie, un primo de Lenoir que venía de Auvernia, quedó resuelto todo lo que tenía que ver con la vida doméstica. El reloj de Barry rindió un precio tremendo: cuatro piezas de oro, lo suficiente como para vivir durante un año. Lo vendieron como una asombrosa y nueva máquina para medir el tiempo que provenía de Iliria, y el comprador, un chambelán de la Corte que buscaba un regalo espléndido para obsequiarle al rey, miró la inscripción _Hamilton Bros., New Haven, 1881_ y movió la cabeza en un sabio movimiento afirmativo. Por desgracia fue encerrado en una de las mazmorras del Rey Luis por cortesanos perversos de Tours antes de que presentara el obsequio, y el reloj aún debe de estar allí, detrás de un ladrillo de las ruinas de Plessis; pero esto no perturbó a los dos eruditos. Por las mañanas vagaban contemplando la Bastilla y las iglesias, o visitando a diversos poetas menores en los que estaba interesado Barry; después del almuerzo discutían la electricidad, la teoría atómica, la fisiología, y otras cuestiones en las que estaba interesado Lenoir, y llevaban a cabo pequeños experimentos químicos y anatómicos, por lo general sin éxito; después de la cena simplemente hablaban. Charlas tranquilas, interminables, que recorrían los siglos pero siempre terminaban allí, en el cuarto en penumbras con la ventana abierta sobre la noche primaveral, en su amistad. Después de dos semanas era como si se hubieran conocido de toda la vida. Eran perfectamente felices. Sabían que no harían nada con lo que cada uno había aprendido del otro. ¿En 1961 cómo podría Barry probar su conocimiento del París antiguo, en 1482 cómo podría Lenoir probar la validez del método científico? No les molestaba. En realidad nunca habían esperado que les prestaran atención, sencillamente habían deseado aprender.

Así que eran felices por primera vez en sus vidas; tan felices, en verdad, que ciertos deseos antes siempre subyugados al deseo del conocimiento, empezaron a despertar.

_Supongo que nunca pensaste mucho en el matrimonio, ¿verdad? _dijo Barry una

noche.

_Bueno, no _contestó su amigo, vacilante_. Es decir, estoy en las órdenes menores... y parecía irrelevante...

_Y costoso. Además, en mis tiempos, ninguna mujer que se respetara quería compartir el tipo de vida que llevo. Las mujeres norteamericanas son unas criaturas tan condenadamente equilibradas y eficientes y encantadoras, aterrorizantes...

_Y las mujeres de aquí son chiquitas y morenas, como escarabajos, con los dientes picados _dijo Lenoir hoscamente.

Esa noche no hablaron más sobre mujeres. Pero sí lo hicieron en la siguiente; y en la próxima; y en la otra, para festejar la disección exitosa del sistema nervioso central de una rana embarazada, bebieron dos botellas de Montrachet del 74 y se emborracharon.

_Invoquemos una mujer, Jehan _dijo Barry en tono bajo, lascivo, sonriendo como una gárgola.

_¿Y si esta vez hacemos que se alce un demonio?

_¿Hay realmente mucha diferencia?

Rieron como locos, y trazaron una estrella de cinco puntas.

_Haere, haere _empezó Lenoir; cuando le dio hipo, lo reemplazó Barry. Leyó las últimas palabras. Hubo una ráfaga de aire frío, con olor a pantano, y en la estrella de cinco puntas apareció un ser de ojos enloquecidos y largo cabello negro, desnudo por completo, aullando.

_Mujer, por Dios _dijo Barry.

_¿Lo es?

Lo era.

_Oye, toma mi capa _dijo Barry, porque ahora el pobre ser estaba con la boca abierta y temblando. Le puso la capa sobre los hombros. Ella se la acomodó con un movimiento mecánico, murmurando_: Gratias ago, domine.

_¡Latín! _gritó Lenoir_. ¿Una mujer que habla latín?

Le llevó más tiempo a él recobrase de esa conmoción que a Bota superar la suya. Al parecer era esclava en la servidumbre del subprefecto de Galia del norte, que vivía en la isla más pequeña de la barrosa ciudad isleña llamada Lutecia. Hablaba el latín con un fuerte acento celta, y ni siquiera sabía quien era emperador de Roma en su época. Realmente bárbara, dijo Lenoir con desprecio. Y lo era: una bárbara ignorante, taciturna, humilde y de pelo enredado, piel blanca y claros ojos grises. La

habían despertado de un sueño profundo. Cuando la convencieron de que no soñaba, supuso evidentemente que aquello era alguna broma de su amo extranjero y todopoderoso, el subprefecto, y aceptó la situación sin más trámites.

_¿Debo servirles, amos míos? _preguntó con timidez pero sin malhumor, mirando a uno y a otro.

_A mí no _gruñó Lenoir, y agregó en francés, dirigiéndose a Barry_: Adelante; yo dormiré en la despensa. _Y se fue.

Bota alzó los ojos hacia Barry. Ningún gallo, y pocos romanos, tenían una estatura tan magnífica; ningún gallo, ningún romano le había hablado nunca con tal bondad.

_Su lámpara _ (era una vela, pero ella nunca había visto una vela)_ está casi consumida _dijo_. ¿La apago?

Por dos sueldos adicionales al año el dueño de casa les permitió usar la despensa como segundo dormitorio, y Lenoir dormía ahora otra vez solo en la habitación principal de la buhardilla. Observaba el idilio de su amigo con un interés meditabundo, nada celoso. El profesor y la muchacha esclava se amaban con delectación y ternura. El placer que sentían empapaba a Lenoir con olas de júbilo protector. Bota había llevado una vida brutal, tratada siempre como mujer pero nunca como ser humano. En una breve semana floreció, se reanimó, revelando bajo su suave pasividad una naturaleza alegre, inteligente.

_Te estás transformando en una parisiense hecha y derecha _oyó que la acusaba Barry una noche (las paredes del altillo eran delgadas). Ella contestó:

_Si supieras lo que es para mí no estar siempre defendiéndome, siempre temerosa, siempre sola...

Lenoir se incorporó en su catre y caviló. Alrededor de la medianoche, cuando todo estaba en silencio, se levantó y preparó sin hacer ruido las pizcas de sulfuro y plata, trazó la estrella de cinco puntas, abrió el libro. Leyó con mucha suavidad el encantamiento. Su rostro se veía preocupado.

_En el interior de la estrella apareció un perrito blanco. Se asustó y dejó caer la cola, después se adelantó con timidez, olfateó la mano de Lenoir, alzó la cabeza hacia él con ojos líquidos y dejó escapar un gemido modesto, suplicante. Un cachorro perdido... Lenoir lo acarició. El perrito le lamió las manos y saltó alrededor de él, loco de alivio. En el collar de cuero blanco tenía una plaquita de plata grabada: "Jolie, Dupont, 36 rue de Seine, París VIé."

Jolie se acostó; después de mordisquear una costra de pan, se enroscó debajo de la silla de Lenoir. Y el alquimista abrió el libro otra vez y leyó, nuevamente con suavidad, pero ahora sin timidez, sin miedo, sabiendo lo que pasaría.

Al salir de su despensa-dormitorio-cuarto-de-luna-de-miel por la mañana, Barry se detuvo en seco en el umbral. Lenoir estaba sentado en la cama, mimando a un

cachorro blanco, y sumergido en la conversación con la persona sentada al pie de la cama, una pelirroja vestida de plata. El cachorro ladró. Lenoir dijo:

_¡Buenos días!

La mujer sonrió maravillosamente.

_Por todos los santos _murmuró Barry (en inglés). Después dijo_:Buenos días. ¿De cuándo es usted?

El efecto era el que provocaría Rita Hayworth, sublimada: ¿Hayworth más la Mona Lisa, tal vez?

_De Altair, a unos siete mil años de ahora _dijo elle, con una sonrisa aún más maravillosa. Su acento francés era peor que el de un estudiante de primer año consagrado al fútbol_. Soy arqueóloga. Estaba excavando en las ruinas de París III. Lamento hablar tan mal el idioma; como es lógico sólo lo conocemos por inscripciones.

_¿De Altair? ¿La estrella? Pero usted es humana... creo...

_Nuestro planeta fue colonizado por la Tierra hace unos cuatro mil años... es decir, dentro de tres mil años. _Rió con su risa maravillosa, y miró a Lenoir_. Jehan me lo explicó todo, pero sigo confundida.

_¡Fue peligroso intentarlo otra vez, Jehan! _lo acusó Barry_. Hemos sido muy afortunados, sabes.

_No _dijo el francés_. Afortunados no.

_Pero después de todo estás jugando con magia negra... Escuche no conozco su nombre, señora.

_ Kislk _dijo ella.

_Oiga, Kislk _dijo Barry sin un sólo tropiezo_, la ciencia de ustedes debe de estar fantásticamente adelantada: ¿existe algún tipo de magia? ¿Existe o no? ¿Pueden las leyes de la Naturaleza quebrarse realmente, como parecemos estar haciendo?

_Nunca he visto u oído hablar de un caso de magia certificado.

_¿Entonces qué ocurre? _rugió Barry_. ¿Por qué ese estúpido encantamiento antiguo funciona para Jehan, para nosotros, ese único encantamiento, y aquí, en ninguna otra parte, para nadie más en cinco... no, ocho... no, quince mil años de historia registrada? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Y de dónde vino ese condenado cachorro?

_El cachorro estaba perdido _dijo Lenoir, con su rostro moreno muy grave_. En algún lugar cercano a esta casa, en la Île Saint-Louis.

_Y yo estaba clasificando fragmentos de vasijas _dijo Kisk, también con gravedad_, en el emplazamiento de una casa, Isla 2, Pozo 4, Sector D. Era un hermoso día de primavera, y yo lo odiaba. Lo detestaba. El día, el trabajo, la gente que me rodeaba _miró otra vez al enjuto y pequeño alquimista, con una mirada larga, serena_. Intenté explicárselo a Jehan anoche. Hemos mejorado la raza, entienden. Somos todos muy altos, saludables y hermosos. No tenemos emplomaduras en los dientes. Todos los cráneos de Norteamérica Primitiva tienen emplomaduras en los dientes... Algunos de nosotros somos morenos, otros blancos, otros de piel dorada. Pero todos hermosos, y saludables, y bien adaptados, y agresivos, y exitosos. Nuestras profesiones y la proporción de éxito son preplanificados para nosotros en los Hogares Preescolares Estatales. Pero de vez en cuando hay una falla genética. Yo, por ejemplo. Fui entrenada como arqueóloga porque los Maestros vieron que en realidad no me gustaba la gente, la gente viva. La gente me aburría. Todos parecidos a mí por fuera, todos extraños a mí por dentro. Cuando todos se parecen, ¿dónde queda el hogar?... Pero ahora he visto un cuarto poco higiénico con calefacción insuficiente. Ahora he visto una catedral que no está en ruinas. Ahora he conocido a un hombre vivo que es más bajo que yo, con dientes en mal estado y mal genio. ¡Ahora estoy en casa, estoy donde puedo ser yo misma, ya no estoy sola!

_Sola _dijo Lenoir con suavidad dirigiéndose a Barry_. Soledad, ¿eh? La soledad es el encantamiento, la soledad es más fuerte... En realidad no parece sobrenatural.

Bota estaba espiando más allá del umbral, con el rostro enrojecido entre su cabello negro enmarañado. Sonrió con timidez y le dio los buenos días a la recién llegada en un cortés latín.

_Kisk no conoce el latín _dijo Lenoir con inmensa satisfacción_. Tenemos que enseñarle a Bota un poco de francés. Francés es el idioma del amor, según dicen, ¿eh? Vamos, salgamos y traigamos algo de pan. Tengo hambre.

Kisk ocultó su túnica plateada bajo la útil y anónima capa, mientras Lenoir se ponía su manto negro comido por las polillas. Bota se peinó, mientras Barry se rascaba pensativo una picadura de piojo del cuello. Después salieron a comprar las cosas para el desayuno. El alquimista y la arqueóloga interestelar iban primero, hablando en francés; la esclava gala y el profesor de Indiana los seguían, hablando en latín, tomados de la mano. Las calles estrechas estaban atestadas, brillaban con la luz del sol. Sobre ellos Notre Dame elevaba sus dos torres cuadradas contra el cielo. Junto a ellos el Sena era recorrido por ondas suaves. Era abril en París, y sobre las riberas del río florecían los castaños.